

Lugar

Elevación de la toponimia secreta

No tengo fe en la inspiración». Así concluye uno de los primeros párrafos de 'El peatón de París' (Errata Naturae) el poeta, sobre todo en prosa, y artista en general, bohemio y apache de Auteuil, 'potasson' de primera, León-Paul Fargue. Para añadir, más adelante, renegando de las vanguardias, que la inspiración le parece «el paroxismo de la facilidad». Prefiere «las materias singulares, las premoniciones, el paso de los fantasmas o las geografías secretas». Ahora bien, a fin de comprender estas últimas, que son las que nos interesa enhebrar en este artículo, se necesita, de entrada, convertirse en un paseante entusiasta, por lo que nos vamos a acercar a varios que, al igual que L-P. Fargue pateara los recovecos parisinos, han fatigado y meditado las calles de otras ciudades europeas relevantes.

Hay lugares que de por sí, por lo que quiera que sea, trascienden lo meramente geográfico gracias a la literatura. Uno de ellos es la diversa y hermosa Trieste, ciudad fronteriza, medio austríaca medio italiana: de resultados de su carácter mestizo, cosmopolita. Es nombrarla y nos vienen a la cabeza Claudio Magris, su mujer Marisa Madieri, Italo Svevo, Umberto Saba o Giani Stuparich por parte local y tantos otros escritores de paso, en especial Rainer Maria Rilke y James Joyce. De entre los libros decisivos para la formación de la identidad y del alma triestinas destaca 'Mi Carso' (Ardicia), publicado en 1912, cuando contaba apenas veinticuatro años, por el rubio e inquieto, según sus coetáneos, Scipio Slataper, que tuvo la desgracia de morir muy joven, durante la Primera Guerra Mundial. Su prosa está dotada de un aliento poético («áspero y esquivo lirismo», al de-

cir del citado Magris en el prólogo) poderoso, poco común y en absoluto artificial o sensiblero, de una precisión tan sentida que estremece.

A espaldas de Trieste se extiende el Carso, «un país de calizas y enebros» en el que el autor recrea su niñez y juventud, la vida libre del campo, sin ataduras ni relojes, zambulléndose en el Adriático, subiéndose a los árboles, probando el sabor agri dulce de la flor de la glicinia, cazando mirlos con la carabina de aire comprimido, «buscando gotas de resina en los troncos los ciruelos y tréboles de cuatro hojas», entusiasmándose con la vendimia o revolcándose en la hierba de los prados. Haciendo picas y trastadas, en general cosas de críos, aunque a veces, a mayores, «como el granizo y la bora juntos». Una inmersión completa en la región kárstica hasta fundirse, lo mismo en el bosque que en el pedregal, con el terruño: «conocía el terreno

como la lengua conoce la boca». Me lo imagino, detenido en el tiempo, por donde las sendas de los carboneros, emocionado ante las prístinas primulas entre la nieve.

Luego, baja del monte Kal, con las aristas del Carso en su mirada, a la ciudad, que lo irrita y desarbola, aunque le acaba complaciendo el estrépito del ruido, la construcción del puerto, el bullicioso comercio triestino... Se hace, en definitiva, como periodista y crítico teatral, al ambiente urbano, que traza en párrafos desde lo fragmentario y lo digresivo, claves compositivas de buena parte de la narrativa europea posterior: sus elucubraciones, de índole metafísica, sobre la individualidad, el amor en conexión con la naturaleza, el azar y sus leyes, la nostalgia de la especie, la muerte, el universo o Dios, son tan intensas que valen por sí solas un libro.

En 1929 publica Franz Hessel, nacido ocho años antes que Slataper, 'Paseos por Berlín', otra narración de culto que rescata en nuestro idioma Errata Naturae, donde el fragmento y la digresión confluyen en la figura del 'flâneur', tipo que encarna por excelencia Fargue, dueño de un estilo plástico y minucioso, exquisito y brillante, que gana cuanto más se afila, maestro de la enumeración lírica en la obra citada, que vio la luz diez años después: 'El peatón de París', dedicado «a la señora de Paul Gallimard», otra joya literaria de primera magnitud, espléndida en todos los órdenes, difícil de criticar por algo, salvo por su desafortunado chauvinismo, según París. Porque todo el espíritu parisino, proustiano, sólo para iniciados, gravita, gastando suela, sobre sus páginas: hoteles, mujeres, coches de punto... Cómo olvidar sus incursiones en el gueto judío, los quais con sus buquinistas,

UN ÁNGULO
ME BASTA

FERMÍN HERRERO

